

LA MANO OCULTA.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Saldrá el periódico los martes y los sábados.

Cada número vale cuatro cuartos.

La suscripción menor será por seis números, cuatro reales, llevados á domicilio (los números, no los reales.)

Fuera de Madrid, franco de porte, diez y ocho números, 12 rs.

En el extranjero y Ultramar, 20 rs.



SE SUSCRIBE:

Los reaccionarios en la calle del Arco de Santa María, número 16, piso segundo derecha; y los revolucionarios, calle del Arco, Oranienplatz.

Y en la calle de las Fuentes, número 10, litografía Guerrero.

Los de fuera de Madrid harán la suscripción incluyendo en carta al Administrador libranzas del Giro Mútuo ó sobre alguna casa que pague.

No se reciben sellos de correo ni botones del empréstito.

El Administrador

DE LA MANO OCULTA.

Mané, Qhezél, Qhâres.

SE SALVÓ LA PATRIA.

Siempre me han gustado los hombres de palabra.

Los rasgos de valer me roban el corazón.

La consideración con los débiles me parece una virtud casi divina.

La legalidad me emboba.

La Soberanía Nacional es mi ídolo.

Pero, ¿qué quieren VV.? Al fin soy LA MANO OCULTA, y mi deber es obrar en todas ocasiones de la manera más inesperada posible.

Pues, señor: ¿qué empuñé mi palabra de caballero de que la cuestión religiosa se llevaría íntegra á las Cortes?... ¿Quién se fia de mis palabras! ¿Pues no saben VV. que estoy acostumbrada á todo? ¡Caballero yo!... ¿Una mano, caballero?... ¡Están VV. en babia!

En cuanto á valiente, ya es otra cosa. Me atrevo á quemar el escudo pontificio y entregar al Nuncio del Papa sus pasaportes, diciéndole: «En Roma falta gente; aquí, lo que sobran son sotanas de todos colores; conque... la del humo.»

Y luego, si el Papa envía sus ejércitos por tierra y sus escuadras por mar, ya verán ustedes cómo me porto. ¡A mí no me asustan las grandes potencias!... ¡Brrrr!... ¡tevento de forte!

Tratándose de Francia, varia la cosa de aspecto; y aunque aquel soberano se niega á recibir oficialmente al Sr. D. Salustiano, como el Cardenal Antonelli se ha negado á recibir al ex-jóven de Llanes, habida consideración á que el Emperador de los franceses es un soberanuelo de tres al cuarto, que no tiene un solo batallón ni una mala chalupa que pronunciar, hago caso omiso de sus agravios, y trago saliva amarguita, en la confianza de que nadie lo atribuirá á miedo... ¡Miedo yo!... Ya ven si me las tengo tiesas con el Papa.

¡Legalidad!... El gran Leopoldo (q. e. e. g.) decía que no moriría de empacho de ella, y como en eso de *maniocultear* era muy maestro, tengo por averiguado que la legalidad es cosa ocasionada á empachos. No estoy por manjares indigestos.

Queda la Soberanía Nacional.

«El Estado soy yo!»—Frase de Luis XIV.—

«¡La Soberanía Nacional soy yo!»—Frase de LA MANO OCULTA.

Y es verdad.

Ahí están las urnas, que no me dejarán mentir. Yo, que no la nación, ha hecho los diputados de la mayoría, cuyos votos serán la genuina expresión de la Voluntad Nacional.

Ellos son mi obra; yo su hacedor. *Ego sum qui sum.*

La Voluntad Nacional soy yo.

De semejantes premisas se deduce:

1.º Que aunque falte á mis palabras, no le hace, porque ya se sabe que no soy caballero.

2.º Que á valiente nadie me gana, ó, como dijo D. Ramon de la Cruz:

Si son pocos, duro en ellos;

Si son muchos, retirada...

3.º Que la legalidad se ha hecho para los tontos.

Y 4.º Que yo hago lo que me da la real gana, ó la gana patriótica, si VV. lo prefieren.

Por consiguiente, queda demostrado que he podido autorizar de hecho la libertad de cultos, y poner en boca de los ministros una franca confesión de la tal estratagema para romper la unidad católica.

¿Qué? ¿Que un rey absoluto no haría más? ¿Que es un acto de lesa nación apresurarse á tocar una ley fundamental del Estado en visperas de abrirse las Cortes?

¿Qué disparate! ¿De dónde salen VV.? ¿En qué antro han aprendido VV. liberalismo?

¡La Voluntad Nacional soy yo!

EL TRESILLO.

(Cuerpo de guardia: en el centro una mesa: sobre ella una baraja, y alrededor bancos. EL CERRADO, sargento primero de infantería, habla en secreto con NEPTUNETE, cabo de marina. EL ZURDO, machacante del sargento, atiza un farol y se arrima al descuido con cuidado, por si puede pillar algo de la conversación. Entra el sargento segundo de caballería conocido por EL PRIMO, cesa de repente la plática, y se dan un cordial abrazo.)

EL PRIMO. Sabía que estaba V. aquí, compadre Cerrado, y dije para mi capote: allá me voy á pasar el rato.

¡Ojalá y la barajita dispuesta!... ¡Echaremos una mano (dirigiéndose á la mesa).

EL CERRADO. (Dudando.) Hombre, ¿y si viene el jefe?...

EL ZURDO. ¡Como si los jefes no jugaran!... Aquí todos juegan: mi sargento, ánimo, que cuando se puede echa una mano, no es cosa de tenerla quieta... aunque yo prefiero echar las dos, por aquello de que dos ojos ven más que cuatro, y cinco dedos agarran más que diez.

EL CERRADO. (Convencido.) ¿Y á qué jugaremos?

NEPTUNETE. Al tresillo.

EL CERRADO. Jueguen VV. con el Zurdo: yo entiendo poco de tresillo.

EL PRIMO. (Para sí.) Este sargento de todo entiendo poco. (Alto.) ¿Qué importa? Mataremos el tiempo.

EL CERRADO. (Para sí y mirando con recelo el sable de Primo.) Hasta el tiempo quiere matar este hombre: equivocó la carrera, debió haberse metido á médico.

EL PRIMO. (Señalando la baraja.) ¿Qué no hay más que una baraja? Zurdo, trae otra, que yo acostumbré á jugar siempre con dos barajas.

NEPTUNETE. Anda, Zurdo, trae otra baraja y despavila el farol.

(Aparte.) Mirale bien las manos al sargento Primo, que si nos embobamos, en un santiamén nos la pega, y se levanta con el santo y la limosna.

(Siéntanse: el Zurdo despavila el farol, y da una baraja al Cerrado: el Primo toma la que había sobre la mesa: sobre quién ha de ser el primero, se arma camorra.)

EL NEPTUNETE. (Poniendo una cara más fea que la suya, si es posible.) ¿Aun no asamos y ya pringamos? Zurdo, tú que no juegas, decide quien ha de dar primero.

EL ZURDO. (Con mucha prosopeya y dándose tono.) Haya paz, caballeros; la verdad es que por tomar se comprende que se pierda un hombre, ¿está V.? Pero por dar!...

EL CERRADO. (Guiñándole el ojo.) Tonto, el que parte y bien reparte, se queda la mejor parte. Bueno es tener las manos en la masa.

EL ZURDO. (Guiñándole los dos.) Comprendido.... Pues, señor, para evitar cuestiones, que empiece el cabo Neptunete á dar. Vea V. lo que son los gustos: á mí no me gusta dar.

EL PRIMO. ¿Y tomar?

EL ZURDO. Eso nunca viene mal: ¡de qué buena gana tomaría los galones que V. lleva, mi sargento!

EL PRIMO. ¿Los míos? disimula, eres poco hombre para tomarlos, pero otros... á su tiempo, Zurdo... Con qué de usted, Neptunete. Por supuesto... juego limpio.

NEPTUNETE. (Barajando.) Por supuesto, aquí todos somos gente honrada, todos españoles honrados.

(En un raptó de entusiasmo tira la baraja y grita.) ¡Viva España con honra!

EL PRIMO. (Aparte al Zurdo.) ¡Siempre ha de ser tonto ese Neptunete! ¿Qué tiene que ver el juego con la honra? Cuando se juega, lo que se necesita son monises, que no honra. Neptunete, vaya V. con cuidado, no sea que mientras está V. victoreando la honra de España se dis...

traiga V., y como las manos son largas y las uñas no cortas, le quiten la suya del bolsillo.

NEPTUNETE. ¡Quial! ¡Quitámela del bolsillo? ¡Si me la he dejado en Cádiz bajo cuatro llaves!... El que ha de ir con cuidado es el Zurdo, que ha dado en llevarla siempre encima, y el día menos pensado, le sucede un chasco.

EL ZURDO. Mi cabo... ¿Yo encima? Está V. trascorado. ¡Si me la dejé en Sevilla en casa de la patrona!... Como no me servía para nada, no quise cargar con trastos inútiles.

NEPTUNETE. (Al sargento Cerrado.) Corte V., Cerrado, (bajando la voz,) corte V. por lo bajo, que por lo bajo está el «pega.»

EL CERRADO. (Disimulando y en alta voz.) ¿Por dónde cortare?.. ¿Por arriba ó por abajo? Siempre me mareo, por que la verdad, en cortar más ó menos está la suerte.

NEPTUNETE. Por donde quiera V.: corte V. por bajo; á mí me gusta cortar bajo.

EL PRIMO. (Mirando á Cerrado con mucho desearo, y como quien dice: á mí no me la pegas.) Corte V. por arriba, cuanto más arriba mejor.

EL CERRADO. (Vacilando.) Transijamos... quisiera dar gusto á todos; alzaré por medio. (Alza.) Por curiosidad... (Enseñando el alce.) El rey de oros, he alzado un rey... no queria yo alzar tanto; pero á mí siempre me sucede eso, voy por ocho y salgo con ochenta.

EL PRIMO. (Sonriéndose.) En efecto, sargento Cerrado, me acuerdo de aquel día que salía V. como para Vicálbaro y no paré hasta Alcolea.

EL CERRADO. (Riéndose.) ¡Mire V. que fué distraccion! Me embromaron los compañeros, iban entreteniéndome por el camino, y charlando charlando, los seguí como un borrego.

NEPTUNETE. (Contando el monte....) Doce y trece, está justo.

EL PRIMO. (Echando una ojeada rápida al Norte y otra al Sur, como si dijéramos á Francia y á Italia, y mirándoles de paso las cartas á los compañeros).

Juego.

(El sargento Cerrado y el cabo Neptunete, inclinándose hácia el Oeste, como si dijéramos, hácia Portugal, procuran verle los naipes al sargento Primo, que los escon de vivamente).

EL PRIMO. ¡Eh, compadres! no vale mirar el juego que á mí no me gusta jugar á cartas vistas.

EL CERRADO. ¡Hombre! bueno: ¿y quién le mira á usted nada? Pues juego más.

(El Zurdo, que había tomado el monte para dar cartas al sargento Primo, al oír «juego más», se vuelve obsequioso hácia el sargento Cerrado, y le dice:)

EL ZURDO. ¿Qué juega V.?

EL CERRADO. A lo que salga; yo siempre juego á lo que salga.

EL ZURDO. También prefiero las volteretas... es m fuerte eso de volver...

EL PRIMO. (A media voz.) La casaca... (Reflexionando.) Cerrado tiene la mala, y el rey de espadas: Neptunete, el rey de bastos y robará el de oros... ¡Esto de no tener yo ningún rey! Con un rey que tuviera, les ganaba la partida. Los endosaré que son pipiños. (En voz alta.) Solo.

EL CERRADO. (Levantando la cabeza y mirándole con los ojos entornados.) ¿Juega V. solo? (Aparte á Neptunete.) Nos hace trampas; pero vamos á darle codillo. (Al oírlo Neptunete, se le encandilan los ojos, abre la boca para contestar, pero al notar que el Primo le observa, la «cierra» y se traga las palabras).

EL ZURDO. ¿A qué juega el sargento Primo?

EL PRIMO. (Indeciso.) Tengo dos juegos, á espadas y á oros: no se cual elija.

NEPTUNETE. (Al oírlo al Cerrado.) Si elige á oros, nos le merendamos: me toca en el robo el rey y tengo cinco oros más en la mano).

(Alto.) Sargento Primo, juegue V. á oros: ya sabe usted el refrán: oros son triunfos.

EL PRIMO. Sí, pero el de espadas es mi palo favorito.

EL ZURDO. Pues el mio copas: en viendo una copa ya estoy dentro.

EL PRIMO. Nada: espadas, y truene por donde truene. Lá mejor razón la espada.

EL ZURDO. (Esperando que se descarten.) ¿Quién va primero?

NEPTUNETE Y EL CERRADO. (A un tiempo.) Yo.

EL ZURDO. Para todos hay: esto es como las fajas de los generales. (Se descartan el Cerrado y Neptunete, y juegan).

EL PRIMO. Arrastro... VV. han de seguirme... no tiene remedio...

EL CERRADO. Tomo con el rey.

EL ZURDO. Siempre que veo el rey de espadas, se me representa el rey Herodes.

EL PRIMO. Tu enemigo nato, Zurdillo.

EL ZURDO. ¿Por qué mio?

EL PRIMO. Porque degolló á los Inocentes. (Juegan).

EL ZURDO. Preguntárselo al Capitan general de Sevilla... el puede dar informes de cuando estuve en su casa de ordenanza, si le pegué mala inocentada.

NEPTUNETE. El rey de oros... déjele V. pasar que lleva

en la mano á «D. Félix Utroque»... salvo-conducto universal.

EL PRIMO. (Escondiéndose el seis de oros en la manga.) Fallo: no pasa por aquí ningún rey de VV... Bastos.

NEPTUNETE. El rey.

EL PRIMO. Y van dos: muy realista está V., compadre...

NEPTUNETE. Para jugar, me gustan los reyes. Pero ¿qué hace V., sargento Cerrado, que no recoje V. la baza? (Pisándole el pie).

EL CERRADO. (Que no entiende la seña, levanta la cabeza, le mira con aire atonado y le dice.) ¡Pero si es de usted!...

NEPTUNETE. (Aparte.) ¡Habrá torpe! Si se la queda le hacemos puesta, ¡ah, sí, era mía! Estaba distraido: la tomaré, pero conste que yo no la queria... (Doblando la baza).

EL PRIMO. (Socarronamente.) Si V. nunca quiere... como el cirujano de mi lugar: «que no, que no; y metiéndose la peseta en el bolsillo.»

NEPTUNETE. Caballo de bastos.

EL PRIMO. Cedo y endosados.

EL CERRADO. Despavila, Zurdo, queno veo lo que traigo entre manos. (El Zurdo se acerca á despavilar interponiéndose entre el Primo y el Cerrado: en aquel momento Neptunete por bajo la mesa le larga un as de espadas de la otra baraja.) Rey de copas.

EL PRIMO. Tengo copas.

NEPTUNETE. Ahí va un oro... (Mirando sus cartas.) No tengo más que oros.

EL CERRADO. (Con sofama al sargento Primo.) Camarada, lo siento... Codillo.

EL PRIMO. (Con vehemencia.) Sacada: estoy á ver venir y le he echo á V. la tenaza con espada y basto.

EL CERRADO. Se equivoca V., sargento Primo. Estamos endosados: tengo tres bazas, y la espada en mano, cuatro: codillo.

EL PRIMO. Quien tiene la espada soy yo, no V.

EL CERRADO. V. no, yo, yo soy el que la tengo. (Tiran ambos las cartas sobre la mesa, resultando dos ases de espadas, y se levantan alborotados).

EL PRIMO. Es V. un tramposo, seo sargento Cerrado: esa espada de V. es una espada falsa, es una espada de otra baraja, mírele V. la pinta si nó: lo que es para ganarme á mí el juego con ella, sirve tanto como la espada de Bernardo. (Agarra el dinero de todos y se lo mete en el bolsillo del pantalón.) Si á alguno no le parece bien, que lo diga, que aquí hay un hombre para responderle.

EL CERRADO. El tramposo será V., Sr. Primo... Deje usted el dinero en la mesa. (Al bajar la mano el Primo para empuñar la charrasca, se le cae de la manga el seis de oros, que recoge Neptunete).

NEPTUNETE. (Retirándose á una distancia prudentísima y apretándose al Cerrado y al Zurdo.) Sí, señor; V. es el tramposo. V. que tenía oros y falla V. el rey de oros: es un renuncio de mala ley: le di á V. oros, y V. debió servir al rey de oros.

PRIMO. Si V. me dió algun oro, se me habrá escabullido en la manga inadvertidamente... ¡Juro por la cruz de mi limpio!...

LOS TRES. ¿Juramentos? ¡Vénganos V. con juramentos!... ¡Como si no supiéramos lo que valen los juramentos de V.!

EL PRIMO. Tanto como los de Vds., y ainda más.

EL ZURDO. Cabalito: tanto valen los unos como los otros, y los de Vds. lo mismo que los míos. ¿Cuántos quiere V. que yo les haga? Pero aquí dinero es lo que queremos, que no juramentos.

LOS TRES. Venga el dinero.

EL PRIMO. (Con sorna.) ¿El dinero?... ¿Cuándo han visto Vds. que al sargento Primo le hayan obligado á volver el dinero?... Caballero, cuando Vds. quieran «emprimars» á alguno, busquen á otro, que aunque me lo llaman, no soy yo ningún «primo.»

(Tiran de los sables: al empeñarse la pelea, se oye la voz del centinela.)

—¿Quién vive?

—El comandante Reaccion, jefe de día.

—Señor sargento, ronda mayor: el comandante Reaccion. (El Cerrado, Neptunete y el Zurdo huyen despavoridos: el sargento Primo se cuadra, y saluda al comandante Reaccion, jefe de día.)

EL JEFE DE DIA. ¡Ola, sargento Primo! ¿Está V. de guardia?

EL PRIMO. No, señor; ocupo el puesto de un compañero.

EL JEFE DE DIA. (Con bondad, señalando las barajas.) ¿Y se rezaba en el librito de las cuarenta horas?

EL PRIMO. (Con la sonrisa en los labios.) Mi comandante, pasaba el rató, esperando á V. S.

EL JEFE DE DIA. Ya sé que es V. afortunado: por supuesto... ¿ganó V.?

EL PRIMO. (Tocándose el bolsillo del pantalón.) ¡Lo que puedo asegurar á V. S. es que no he perdido: yo no pierdo nunca.

EL JEFE DE DIA. Cuidadito, sargento Primo; que tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se quiebra.

EL PRIMO. ¡Quí! No, señor; si yo observo siempre las tres reglas del ganar, que aprendí cuando era de cuérpos francos.

EL JEFE DE DIA. ¿Las tres reglas? ¿Y cuáles son?

EL PRIMO. Cobrar de más;

Pagar de menos,

Y mirarles las cartas á los compañeros.

TEATRO DE LOS BUFOS REVOLUCIONARIOS.

DUELO ENTRE UN INFANTE Y UN DUQUE.

ESCENA II.

D.^a Ana y el Duque de Pompampié.

D.^a ANA. (Suplicante.) ¿Qué vas á latirte?
No quiero, no quiero.

DUQUE. (Con resolución.) Sujétame, Ana,
que si nó, me pierdo.

D.^a ANA. (Reconviniéndole.) ¡Esponer tu vida!...
Incauto mancebo,
la vida no es tuya;
tu vida es del pueblo;
tu espada es su gloria,
su marcial trofeo.

DUQUE. (En guardia.) Como la desnude,
cis, zás... le escabecho.

D.^a ANA. (Aterrada.) Modera, modera
tus arranques fieros;
Duque, no te espongas
á tamaños riesgos...
¿Lo entiendes?... Cuidado...
Si escitas mis nervios,
(Con dignidad.) «La Correspondencia»
pedazos haremos.

DUQUE. (Con energía.) Nunca, nunca, nunca;
que diluvie fuego,
y que se hunda España
á pronunciamientos;

que nos lance bombas
cierto «caballero»;
que los libros no hallen
libra el presupuesto;
que «jure» y «perjuro»
«Juanillo el moreno»
que lluevan «partidas»
á diestro y siniestro,
y que «topetadas»
se nos salte el seso.
antes que hacer trizas
ese lazo tierno.

D.^a ANA. (Con mimo.) ¿El duelo terrible
ya no tendrá efecto?...

¿Verdad?... Ya recobras
tu calma... ¿No es cierto?...

DUQUE. (Aparte.) ¡Suplicio espantoso!...
¡Enfrenar mi genio
es cosa terrible!!!...

(Dirigese á D.^a Ana con ternura.)

¡Atiéndeme, y luego,
si fuere culpable,

que tus labios frescos
no calmen las ansias
que de reinar siento.
Vino don Fadrique
con impulsos bélicos;
llámome compinche
de mi cocinero...
Batirme es forzoso...

D.^a ANA. (Mostrando el cielo en los ojos.) ¡Forzoso!

DUQUE. (Con naturalidad.) Y lo siento...
Sujétame, Ana,

que si nó... me pierdo.

D.^a ANA. (Asombrada.) ¿Qué gran candidato!...
¡Candidato inmenso!!!!...

¡Aspirante al trono
digno del gobierno!!!!...
¿Y hay hombres, ¡Dios mio!

¡Y hay hombres tan ciegos
que nieguen las dotes
á este gran guerrero?...

DUQUE. (Fuera de sí.) ¡Infame!...

D.^a ANA. (De rodillas.) ¡Dios Santo!!!!...

DUQUE. Morirá...
De viejo.

DUQUE. Mi espada...

D.^a ANA. (Llorando.) ¿Y el trono?

DUQUE. (Hecho un torno.) Cis, zás... cis...

D.^a ANA. ¿Y el céstro?

DUQUE. ¡Adios!...

Tratad, en mí, de aprender
Lo que va de ayer á hoy.
¡Cuántas honras merecí
De mi lealtad en abono!...
Y hoy huello un cetro y un trono...
Aprended, hombres, de mí
Lo que veis... subiendo voy...
No hice las cosas en vano...
Fuí leal... besé su mano...
Y hoy... ¡Dios santo... lo que soy!!!...

A propósito:

—¿Saben VV. por qué ha sido deterrado el general Reina?

—Si señor; porque ha tenido la imprudencia de firmar sin anteponer un ex á su apellido.

—¿Y el general San Roman?...

—Este debe haber escitado las iras del Gobie no á consecuencia de las sugestiones de Romero Ortiz.

—Voto á sanes! Que el Sr. Romero Ortiz no está por los Santos.

PELL'ZCCS,

CACHETES, PUÑETAZO SECO, Y OTRAS
MANIPULACIONES.

El duque de Montpensier ha desafiado al infante don Enrique.

Uno de los contendientes esgrimirá la espada de Bernarlio; el otro, apuntará con la carabina de Ambrosio.

El duelo será á muerte.

El Sr. Santana, á vista de tanto valor, esclama, levantando los ojos hácia el cielo: ¡Dios mio! ¿Y aun no es rey ese hombre?

¿Qué diferencia encuentran VV. entre el general Serrano y D. Alfonso el Sábio?

—¿La de sabio?

—No, hombre; la diferencia que hay es la siguiente: D. Alfonso el Sábio hizo Siete Partidas; el general Serrano no ha hecho más que una... ¡pero buena!

¿Tienen VV. la bondad de explicarme la diferencia que existe entre el Ruin de Roma y el duque de Montpensier?

—Ninguna, dice uno de los concurrentes.

—La de ruin, esclaman los demás.

¡Nada de eso, señores, nada de eso!

La diferencia es esta, el Ruin de Roma viene cuando se le nombra; pero el duque de Montpensier viene, y está resuelto á venir, sin que nadie le llame.

Tenemos noticias de que el duque de Montpensier, con ánimo de elevar su Jardín de San Telmo á la altura del Buen Retiro, pidió al Gobierno provisional unos cuantos bichos para encerrarlos en sus correspondientes jaulas.

Habia olvidado ya el Sr. Duque su peticion, cuando recibió una caja que le enviaba el gobierno.

—¿Del Gobierno? esclamó... ¡De fijo, cetro y corona!!!!.

Abrió precipitadamente... salió un mico soberbio.

Se ha observado que de algunos dias á esta parte mueren muchos párvulos, y todos ellos de espanto. Consultada la facultad de medicina, parece que un sábio doctor ha observado la coincidencia de que la mayor parte de los casos ocurren á los pocos momentos de aparecer diariamente «Los Sucesos», y de averiguacion en averiguacion se ha llegado á adquirir el convencimiento de que causan esos estragos las caras de los situacioneros que da á luz dicho periódico.

¿Cómo al fin el Sr. Figuerola se ha decidido á cobrar el impuesto de capitacion?—Si, señor.—Ya no falta más, sino que los contribuyentes se decidan á pagarlo.

Estamos que no se nos pega la camisa al cuerpo. Escribe á «La Correspondencia» su corresponsal de Paris, que ha visto en una sombrerería... ¡boinas encarnadas, finas, como para oficiales, con la cifra de plata de Carlos VIII!!!

Esto nos trae á la memoria aquel desventurado que vivió rabiando y murió demente, porque todas las noches, cuando se acostaba y mataba la luz, oía una voz misteriosa, lúgubre, sepulcral, que empezaba con un quejido y espiraba como un murmullo, esclamando: «¡Yo conozco un sastre que lleva peluca!»

Dice «El Siglo»: «En esta tierra africana ya no se venden solo caricaturas contra el Papa y contra la Iglesia, se venden tambien contra Dios.»

Y añade LA MANO OCULTA:

Desde D. Rodrigo hasta nuestros dias, dos veces ha peligrado la religion de la patria, dos veces han sido aruinados los tronos que reverenciaba nuestros mayores.

Una de ellas tuvo lugar en el Guadalete, la otra en el Puente de Alcolea.

Estos dos nombres recuerdan dos batallas igualmente célebres, las cuales dieron margen á dos irrupciones funestisimas.

La irrepcecion de los sarracenos.

La irrupcion de los revolucionarios presupuestiveros.

Los historiadores futuros dirán al estudiar la fisonomia social del siglo XIX: en aquella época hubo una de pópulo Topete.

Un cura liberal, breviarío en mano,

Se va al infierno, alborotando el mundo...

No le escuches, ¡oh, pueblo soberano!

Que en esa desdichada criatura

O sobra el liberal, ó sobra el cura.

Nos ha dado una noticia tan sorprendente como agradable «El Pueblo», que, á juzgar por su nombre, debe ser pariente cercano de la nacion.

Parece que esta señora cumplió 25 años el dia 29 de

setiembre de 1868, pues su pariente susodicho afirma que la nacion española es mayor de edad desde aquel dia.

Al saberlo el Sr. Santa Ana tuvo un alegron, y telegrafió en el acto al pretendiente de la dama:—«Somos felices, mayor.—No necesita permiso para casarse.»

Si la nacion española cumplió veinticinco años el dia 29 de Setiembre de 1868, debió nacer en igual dia de 1843; ó á los tres meses y dias de haber emigrado á Inglaterra el invicto D. Baldomero, y haber caido su partido.

Lo cual quiere decir, que ahora conoces por vez primera á los progresistas; ya sabrá lo que es bueno.

El duque de Montpensier será un rey, si el tiempo lo permite, que satisfará todos los gustos. Por el órgano de «La Correspondencia», dejará satisfechos á los libre-cultistas; por el de la «Gaceta del Clero», á los «unitarios».

Tambien «Las Novedades», á imitacion de su amo, procura hacerse agradable á todos los paladares. Una empresa de Sevilla recibe un paquete de ejemplares del apreciable colega, con la última hoja en blanco, la cual se imprime en aquella capital, ofreciendo la singularidad de dedicar las tres primeras páginas á la defensa del duque de Montpensier, y la cuarta á combatirlo y defender la República.

El duque de Montpensier y «Las Novedades», se parecen al maná que llovia en el desierto á los Israelitas, en que á cada cual le sabe á lo que más le gusta.

—Estoy enfermo; ninguna noche puedo conciliar el sueño.

—Pasee V. mucho.

—¿Si soy agente de orden público!...

—Pues cuando se acueste V., lea alguna cosa muy fastidiosa.

—Si leo, «La Correspondencia»...

—¿Y no se duerme V?

—No señor.

—Pues entonces no tiene V. remedio.

ULTIMA HORA.

MANIGRAMAS.

Salustio á Juan.—Paris 24.—Este hombre se nos tuere.

Juan á Salustio.—Madrid id.—Pues encabezarlo.

Salustio á Juan.—Paris id.—Con esas al Sr. Figuerola.

MADRID 1869.

Imp. de RAMON RAMIREZ.—San Marcos 33